

SERIE COLOMBIA

estudia la realidad colombiana con base en la mejor evidencia disponible y analiza el impacto de las decisiones públicas sobre el bienestar colectivo y las posibilidades futuras.

PAPER No.5

Cambio en el bienestar subjetivo en Colombia: ¿mejoría o rebote?

Fundación Colombia Tiene Futuro

Elaborado por Alejandro Gaviria

Abril 2026

Cambio en el bienestar subjetivo en Colombia: ¿mejoría o rebote?

Resumen

Este artículo analiza la evolución del bienestar subjetivo en Colombia entre 2018 y 2025 con base en tres indicadores de la Encuesta de Calidad de Vida del DANE: percepción de suficiencia financiera, autopercepción de pobreza y percepción de inseguridad. El período estuvo marcado por tres choques sucesivos (pandemia, paro nacional e inflación global) que produjeron un deterioro sustancial en los tres indicadores. Desde el pico negativo de 2022, la recuperación ha sido evidente, pero corresponde en gran medida a un rebote hacia los niveles prepandemia. Con todo, el gobierno actual se ha visto beneficiado por una mejoría en el bienestar subjetivo que muy probablemente habría ocurrido en cualquier escenario.

1. Introducción

Entre 2018 y 2025, los hogares colombianos atravesaron tres choques sucesivos que marcaron profundamente su bienestar subjetivo. El primero fue la pandemia de COVID-19, que golpeó con fuerza en 2020 y menguó los ingresos y destruyó los empleos de millones de personas. El segundo fue el paro nacional de 2021, que, además de prolongar la crisis económica, elevó la percepción de inseguridad, especialmente en las grandes ciudades del país. El tercero fue la inflación global de 2022, que afectó adversamente el poder adquisitivo de los hogares justo cuando comenzaban a recuperarse de los dos choques anteriores. En 2022, más de la mitad de los colombianos se consideraba pobre y una fracción similar sentía que sus ingresos no alcanzaban.

Desde ese pico, la recuperación ha sido sostenida. En 2025, las percepciones de los hogares sobre su situación económica y la situación general de seguridad han mejorado sustancialmente. Pero esta mejoría es en gran medida un rebote natural después de choques excepcionalmente severos. Según los datos disponibles, el país ha regresado al punto de partida de 2018, sin una transformación notable del bienestar subjetivo de la gente. Esta distinción (entre rebote y mejora sostenida) es importante, pero no se ha enfatizado lo suficiente en el debate colombiano actual.

Este artículo estudia los cambios en las percepciones con base en tres indicadores incluidos en la Encuesta de Calidad de Vida del DANE: la percepción de suficiencia financiera, la autopercepción de pobreza y la percepción de inseguridad en el entorno. El análisis enfatiza tanto los cambios en los promedios nacionales, como la evolución en las disparidades entre departamentos. Este tipo de análisis complementa el basado en indicadores objetivos: las percepciones importan en sí mismas porque afectan el comportamiento de los hogares, la confianza en las instituciones y las preferencias políticas.

Los resultados muestran que los tres indicadores se deterioraron marcadamente entre 2018 y 2022 y que se recuperaron de manera sostenida a partir de 2023. En 2025 los indicadores vuelven aproximadamente al nivel de 2018. Las disparidades entre departamentos son grandes y no han disminuido. Los departamentos más rezagados en 2018 no mejoraron, en cuanto al bienestar percibido, más que los menos rezagados. Finalmente, la percepción de seguridad sigue un patrón opuesto a las de pobreza: las percepciones de seguridad son mejores en las zonas rurales que en las cabeceras municipales.

Este fenómeno no es exclusivo de Colombia. El Latinobarómetro, que mide percepciones en 18 países de América Latina, registró en 2024 el nivel más alto de satisfacción con la vida desde 1997: 79% de los encuestados declaró estar muy o bastante satisfecho. El optimismo sobre la economía personal y familiar alcanzó también su máximo histórico. Este rebote regional en las percepciones de bienestar, documentado después del pico de deterioro de 2020–2022, señala que la mejoría observada en Colombia no es un caso aislado ni el resultado de políticas específicas, sino parte de una tendencia más amplia de recuperación postpandemia en toda la región.

2. Indicadores subjetivos de bienestar: fortalezas y limitaciones

La medición del bienestar por medio de indicadores subjetivos tiene una larga tradición en economía y en las ciencias sociales. A diferencia de los indicadores objetivos, los subjetivos capturan directamente cómo los individuos evalúan su propia situación. Sin embargo, la relación entre las mediciones objetivas y las subjetivas no es automática ni mucho menos lineal. La literatura documenta al menos tres causas de divergencia.

La primera es la llamada adaptación hedónica: los hogares tienden a ajustar sus aspiraciones a sus circunstancias, de modo que una mejora objetiva puede no verse reflejada en la autopercepción. Este fenómeno ha sido documentado en múltiples contextos. Por ejemplo, el ingreso promedio puede aumentar durante décadas sin que la satisfacción subjetiva aumente en igual proporción (Easterlin, 1974). La segunda fuente de divergencia tiene que ver con la comparación social: el bienestar subjetivo depende no solo del nivel absoluto de ingreso sino de la posición relativa frente a los grupos de referencia (Clark et al., 2018). La tercera es la heterogeneidad de los marcos de referencia culturales y regionales: los umbrales de lo que se considera pobreza o inseguridad pueden variar entre comunidades y regiones, lo que limita la comparabilidad de las respuestas.

Pese a estas limitaciones, los indicadores subjetivos son relevantes y tienen consecuencias reales. La autopercepción de pobreza puede incidir sobre el consumo, el ahorro y la demanda por programas o intervenciones públicas. De la misma manera, las percepciones de inseguridad pueden afectar la inversión privada y las decisiones de movilidad o ubicación de los hogares. Así mismo, las percepciones de bienestar son determinantes fundamentales del apoyo o el rechazo electoral a los gobiernos o partidos políticos.

La literatura sobre economía política muestra que los votantes recompensan o castigan a los gobiernos por variables que a menudo están por fuera de su control directo. Cole, Healy y Werker (2012) documentaron este fenómeno (un error colectivo de atribución) en la India: los partidos que gobiernan son castigados electoralmente cuando ocurren sequías o malas cosechas, pero ese castigo tiende a moderarse cuando el gobierno responde con decisión a la crisis. En suma, un gobierno que hereda el pico de una crisis y disfruta del rebote posterior puede recibir réditos electorales por cuenta de una mejoría en el bienestar (subjetivo, en este caso) que es en gran medida independiente de su gestión.

Más puntualmente, el año 2024 fue, según una serie de análisis, el peor año para los gobiernos en ejercicio o incumbentes: por primera vez desde que se cuenta con registros electorales, la totalidad de los partidos de gobierno que participaron en elecciones en países desarrollados perdieron participación electoral (CNN, diciembre 2024). Los análisis sobre las razones de este hecho político global señalaron en su momento de manera unánime a la inflación como la variable clave. Los votantes castigaron a los gobiernos que enfrentaron los aumentos de precios, independientemente de que estos fueran causados por un fenómeno global. De manera simétrica, cabría esperar que la disminución de la inflación y la recuperación económica beneficiara ahora a los incumbentes. La situación actual es la opuesta a la que se tuvo justo después de la pandemia.

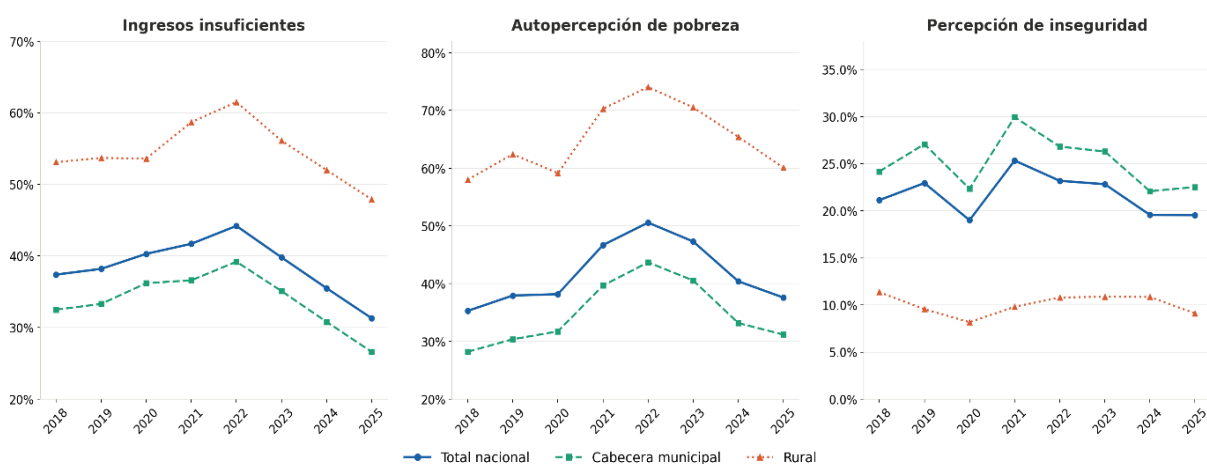
El análisis entre percepciones y preferencias políticas no es nuevo en la literatura científica que se ocupa de la realidad de América Latina. Gaviria (2006), con base en datos del Latinobarómetro para 17 países, muestra que las demandas por redistribución son menores entre quienes reportan que sus ingresos son suficientes o han experimentado movilidad ascendente y mayores entre quienes perciben que el orden socioeconómico es injusto (quienes creen que las oportunidades están mal distribuidas y que el trabajo duro no garantiza el éxito). En suma, las percepciones sobre la justicia del orden económico tienen consecuencias políticas propias, más allá de lo que las estadísticas objetivas de ingreso o pobreza puedan capturar.

3. Fragilidad financiera y pobreza autopercibida

Las dos variables económicas (ingresos insuficientes y autopercpción de pobreza) describen trayectorias paralelas y muy similares. Ambas muestran un deterioro gradual desde 2018, un empeoramiento acelerado entre 2020 y 2022 y una recuperación sostenida posterior, de 2023 a 2025. El gráfico 1 muestra la evolución de los tres indicadores a nivel nacional, por cabecera y zona rural.

Gráfico 1. Evolución de los tres indicadores de bienestar subjetivo, 2018–2025, por zona. Azul: total nacional. Verde: cabecera. Naranja: rural.

Fuente: DANE, ECV.



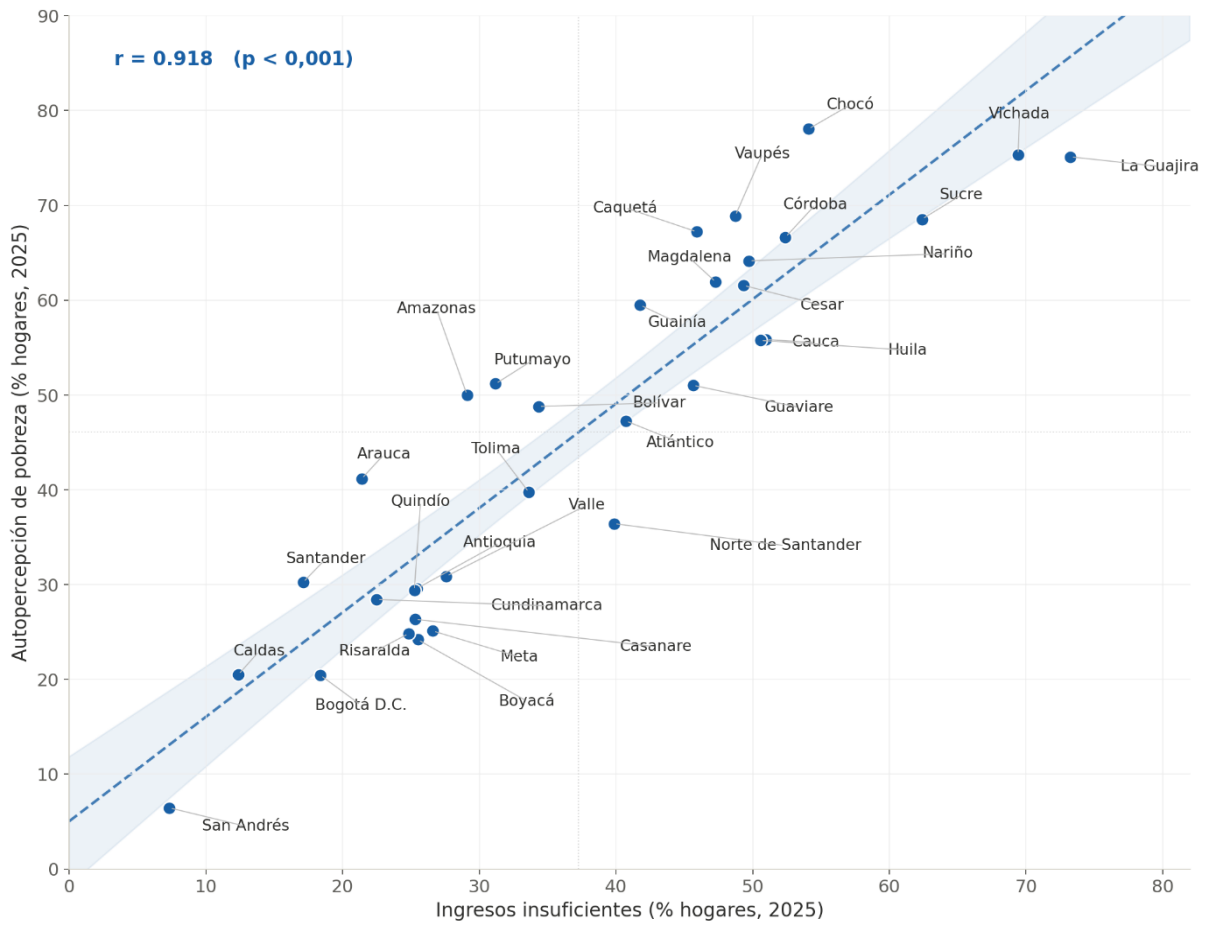
En el caso de la fragilidad financiera (medida como la proporción de hogares que reportan que sus ingresos no alcanzan para cubrir los gastos mínimos), el indicador nacional pasó, primero, de 37,4% en 2018 a 44,2% en 2022, y descendió después a 31,3% en 2025, el nivel más bajo de todo el período. La caída entre 2022 y 2025 fue de casi 13 puntos porcentuales, lo que muestra una mejoría notable que equivale a un rebote respecto al deterioro previo.

La brecha urbano-rural es persistente y estructural. En las zonas rurales, cerca de 48% de los hogares declaraba en 2025 que sus ingresos no alcanzan, frente a 27% en cabeceras municipales. Esta brecha se amplió levemente durante el período. La zona rural partió de una situación de mayor vulnerabilidad y no logró ningún tipo de convergencia durante la recuperación.

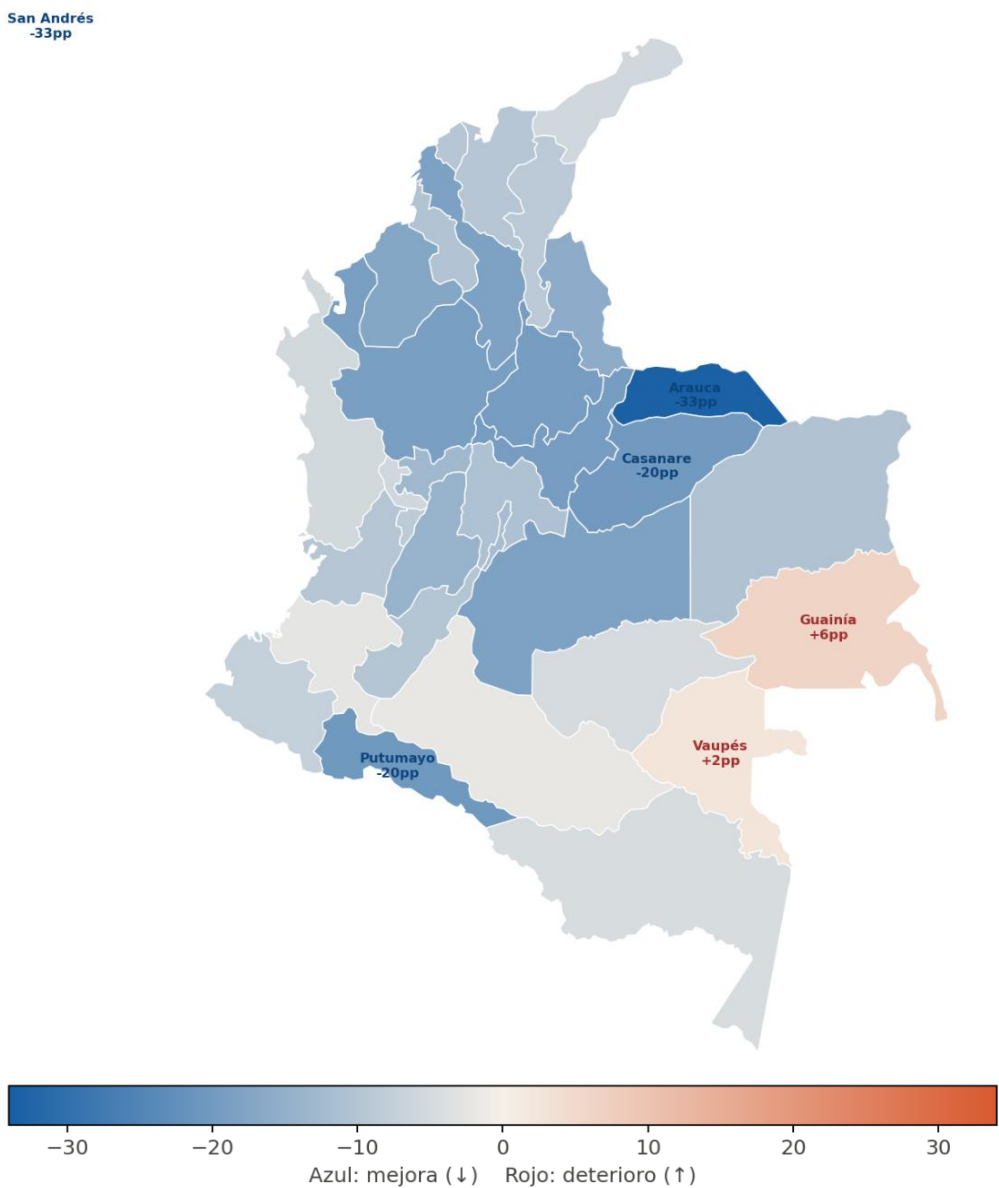
La autopercpción de pobreza siguió una trayectoria más pronunciada. El indicador nacional pasó de 35,3% en 2018 a 50,6% en 2022 (un aumento de más de 15 puntos en cuatro años) y descendió luego a 37,6% en 2025, un nivel todavía superior al de 2018. A diferencia del indicador anterior, la brecha urbano-rural no cambió durante el período, se mantuvo alrededor de 30%.

El gráfico 2 muestra la correlación entre los indicadores departamentales en 2025. El coeficiente de correlación es muy alto ($r = 0,92$), lo que indica que ambos indicadores (fragilidad financiera y pobreza autopercibida) miden aspectos muy cercanos al mismo fenómeno de privación o carencias materiales. Los departamentos con mayor fragilidad financiera tienden a ser también aquellos con mayor autopercpción de pobreza. Sin embargo, hay algunas excepciones: Chocó, Caquetá, Arauca y Vaupés presentan niveles de pobreza subjetiva superiores a los que uno podría anticipar o predecir dada su fragilidad financiera, lo que sugiere la presencia de privaciones adicionales (acceso a servicios, aislamiento geográfico y conflicto).

Gráfico 2. Correlación entre fragilidad financiera y pobreza subjetiva por departamento, 2025.



Mapa. Cambio en la autopercepción de pobreza por departamento, 2018–2025 (puntos porcentuales). Azul: mejora. Rojo: deterioro. Fuente: DANE, ECV.



La desviación estándar (DS) entre departamentos en el indicador de fragilidad financiera pasó de 12,4 puntos en 2018 a 16,1 en 2025. En el indicador de autopercepción de pobreza, la DS también aumentó, pasó de 16,1 a 19,1 puntos. En conjunto, estos resultados revelan que, aunque los promedios nacionales mejoraron entre 2022 y 2025, la dispersión aumentó. El país se recuperó en promedio, pero las desigualdades en los indicadores de bienestar socioeconómico no disminuyeron.

Con las dos importantes salvedades ya mencionadas (la mejoría en los indicadores fue en esencia un rebote y las diferencias departamentales no disminuyeron), el hecho cierto es que la mejoría en el bienestar socioeconómico entre 2022 y 2025 fue profunda y generalizada, ocurrió, cabe señalarlo, en la gran mayoría de departamentos. El mapa muestra que, por ejemplo, la mejoría en la pobreza autopercebida fue mayor en el centro del país (zonas más azules) que en la periferia, con la excepción de dos departamentos, Arauca y Putumayo, donde la mejoría también fue notable. Solo en Guainía y Vaupés la gente reportó que era más pobre en 2025 de lo que fue en 2022. En el resto, la gente reportó un mayor bienestar.

4. Percepción de inseguridad

La percepción de inseguridad sigue una lógica distinta a la de los indicadores económicos, tanto en la evolución temporal como en la geografía. A nivel nacional, el porcentaje de hogares que dice sentirse inseguro fluctuó entre 19% y 25% durante el período. El pico de 2021 (25,3%) coincidió con el llamado Paro nacional. Después del pico, en los años 2024 y 2025, las percepciones de inseguridad se estabilizaron en un nivel más bajo, en torno a 20%.

El rasgo más llamativo de esta variable es la inversión del patrón urbano-rural. Mientras que las percepciones de pobreza y fragilidad económica son mucho mayores en las zonas rurales, las percepciones de inseguridad son menores: 9% de los hogares rurales reportó sentirse inseguro en 2025, frente a 22% en las cabeceras. Este contraste revela unas realidades diferentes en varias dimensiones: en las zonas rurales la pérdida de control territorial, por ejemplo, no se percibe o reporta necesariamente como inseguridad. La inseguridad en las ciudades, asociada con el hurto y la violencia callejera, suele ser más visible y más impactante, pero no siempre más grave o determinante. Las percepciones no capturan algunas realidades, pero son importantes en sí mismas, por las razones ya aducidas.

La geografía del indicador en 2025 también es radicalmente distinta a la de los indicadores económicos. Las entidades territoriales con mayor percepción de inseguridad son Bogotá D.C. y Atlántico (en ambas más de 37% de los hogares reportan sentirse inseguros), seguidas por Bolívar, Nariño y Chocó. En el extremo opuesto, Vichada (1,4%), Caldas (3,8%) y Vaupés (4,2%) registran los niveles más bajos.

La heterogeneidad entre departamentos en las percepciones de inseguridad es menor que en los indicadores económicos (la desviación estándar fue de 8,5 puntos en 2025 frente a 16 y 19 en las otras variables). La DS permaneció bastante estable entre 2018 y 2025. Los departamentos con mayor percepción de seguridad en 2018 mejoraron levemente en 2025, lo que apunta a una lenta convergencia que no altera la conclusión general de persistencia en las disparidades territoriales.

El hecho de que Bogotá y Barranquilla concentren los peores resultados en las percepciones de inseguridad le confiere a este tema un importante peso en el debate nacional. Sin embargo, la mayor atención de los medios y el mayor debate público no implica que el tema sea determinante políticamente.

Los datos no apuntan a un empeoramiento sustancial en las percepciones a pesar de los problemas (evidentes) de la estrategia de Paz total y del aumento reciente de algunos indicadores objetivos como la tasa de homicidios (Revista Cambio, abril 2026). Paradójicamente, el rebote después del Paro nacional de 2021 ha escondido o atenuado el deterioro de la seguridad y la preocupante realidad del conflicto armado en Colombia. En la mente de la mayoría de los colombianos, la situación ha mejorado con respecto a 2021 y los tiempos difíciles del Paro y la salida de la pandemia.

5. Conclusiones e implicaciones

Los indicadores subjetivos importan, miden dimensiones relevantes del bienestar y explican decisiones individuales y colectivas. Importan también, como ya se dijo, para entender la política y los comportamientos electorales. La Comisión Stiglitz-Sen-Fitoussi (2009) recomendó incluir este tipo de indicadores en los sistemas estadísticos nacionales. Analistas, políticos y funcionarios deberían ocuparse de su estudio sistemático. Este artículo revela, al respecto, la importancia de estos indicadores para entender la actual coyuntura política de Colombia.

El análisis anterior permite extraer dos conclusiones. La primera es que Colombia vivió entre 2020 y 2022 tres choques sucesivos (pandemia, paro nacional e inflación global) que produjeron un deterioro sustancial en la percepción del bienestar. En 2022, más de la mitad del país se sentía pobre y casi la mitad declaraba que sus ingresos no alcanzaban. Del mismo modo, el pico en las percepciones de inseguridad coincidió con el paro nacional de 2021, un choque distinto en su origen y naturaleza, pero igualmente visible en los datos.

La segunda conclusión es que la recuperación posterior fue real pero estructuralmente limitada. En 2025 los indicadores se encuentran en sus niveles más bajos del período, pero el avance muestra no que Colombia haya avanzado de manera sustancial, sino que regresó al punto de partida. La mejoría reciente es en gran medida un rebote natural después de tres choques excepcionalmente severos, no el resultado de una transformación estructural de las condiciones de vida.

Las implicaciones políticas de estas dos conclusiones son evidentes. Usualmente un gobierno que hereda el pico de una crisis severa y administra el período de recuperación tiende a recibir un rédito electoral por una mejoría que es en buena medida independiente de su gestión. Este artículo sugiere una paradoja: un gobierno puede ser ineficaz y puede disfrutar al mismo tiempo del favor popular que viene con el rebote natural después de una crisis profunda. La regresión a la media, por sí sola, puede traer réditos electorales.

Anexo metodológico

Los datos usados provienen de la Encuesta de Calidad de Vida (ECV) del DANE para los años 2018 a 2025. Los indicadores utilizados corresponden a las preguntas sobre suficiencia de ingresos del hogar, autopercepción de pobreza y percepción de seguridad en el entorno del hogar. Los cálculos de desviación estándar, correlaciones y cambios son del autor con base en los cuadros de salida publicados por el DANE.

Referencias

- Clark, A. E., Fleche, S., Layard, R., Powdthavee, N. y Ward, G. (2018). *The origins of happiness: The science of well-being over the life course*. Princeton University Press.
- Cole, S., Healy, A. y Werker, E. (2012). Do voters demand responsive governments? Evidence from Indian disaster relief. *Journal of Development Economics*, 97(2), 167–181.
- CNN. (30 de diciembre de 2024). "[Incumbents had a bad year. Will 2025 be different?](#)"
- Corporación Latinobarómetro (2024). *Informe 2024: La democracia resiliente*. Santiago de Chile.
- Easterlin, R. A. (1974). "Does economic growth improve the human lot? Some empirical evidence". En P. A. David y M. W. Reder (eds.), *Nations and households in economic growth* (pp. 89–125). Academic Press.
- Gaviria, A. (2006). *Movilidad social y preferencias por redistribución en América Latina*. Documento CEDE 2006-03, Universidad de los Andes. Colombia.
- Revista Cambio. (abril de 2026). "[Homicidios al alza: los datos que marcan el peor año desde 2013](#)". Colombia.
- Stiglitz, J. E., Sen, A. y Fitoussi, J. P. (2009). [Report by the Commission on the Measurement of Economic Performance and Social Progress](#).